

VERICUENTOS

JAVIER TAFUR

Ediciones La Sílabla – Colección Duenderías

FICHA TÉCNICA

Javier Tafur González

Apartado Aéreo 1919 Cali- Colombia

Diagramación: El Bando Editorial

Ilustraciones: Hernando Tejada

Impresión: Arte- Color Impresores

Ediciones La Sílabla

Colección Duenderías

Santiago de Cali, Colombia

Sur América

I- ATABALES

La Chompa Azul de Cuadros Escoceses

Siempre tuvo temor al campo. Creía que se encontraría con alimañas. Ya era un joven elegante cuando lo invitaron a un paseo. Ilusionado con Lucía y de estrenar su chompa azul de cuadros escoceses olvidó sus escrúpulos.

Al llegar se impresionó con cultivos de margaritas y deseó caminar solo ente ellas. No sabía que la naturaleza reservara estos tesoros, que produjera tan agradable sensación. Su corazón latía gozoso y la imagen de lucía reinaba en su mente, en aquel ondulante fondo blanco.

Llevado de su ardoroso recuerdo cogió una flor y comenzó a deshojarla y al arrancar el último pétalo, el tallo sangró. Mirándose las manos, corrió y en su descontrolada carrera tropezó. Aterrado vio que una margarita lo tomaba del brazo y se lo arrancaba; sintió que otra le cogía una pierna....De cada una de sus partes crecieron margaritas que bellas se inclinan con el viento de la tarde.

Un paseo tropical

Bajé la grada que lleva al jardín escuchando las voces de Grisha y Dunia que quedaron atrás. Frente a mi estaban Grígori y Sonia, cerca de un árbol frondoso que aromaba la mañana; les hice un gesto y seguí. Se dieron un beso y sonrieron para mí. Levanté la mano derecha y les correspondí el saludo. Me gustaba ver a Dunia con ese vestido blanco. Recuerdo la primera vez que se lo vi; en aquella oportunidad estábamos reunidos en el salón de profesores de la Universidad de Petesburgo y ella llegaba contenta de hacer una disertación sobre Pushkin a los alumnos de último grado de humanidades. La recuerdo como si la estuviera viendo: puso sus libros sobre la mesa, colgó el abrigo y apareció el vestido blanco de tulipanes bordados. Grisha acababa de conocerla y no tenía ojos sino para ella. Era el primer día de la mas cálida primavera; todo el mundo estaba feliz incluso Grígori y Sonia que parecen encontrar la felicidad en discutir. Recuerdo el día en que reanudaron la polémica sobre Basíledes y las paradojas de la perfección y el infinito. Sonia se disgustó porque no la tomábamos en serio y dijo que no había temas vedados para los rusos, por aparentemente bizantinos que fueran. Es una linda representante del método dialéctico, aunque tiene más autoridad respecto del dialógico, por ser especialista en la obra de Mijail Mijailovich Bajtin (19895- 1975), sobre el cual hizo su tesis doctoral. Con estas evocaciones me fui alejando de la casa de la hacienda donde nos habían invitado unos colegas suramericanos.

¡Qué árboles más hermosos! Anchos, altos, de gruesos troncos y grande ramajes que sombrean los potreros. Como ruso, el trópico se me hacía todo destello y luz; una hermosa claridad que parecía una sonrisa de Dios; en tanto que ateo me parecía igualmente, fantástico y maravilloso. La casa, de un solo piso y construida en Bahareque en l siglo XVII, tiene un amplio corredor con piso de tablón español. Sus habitaciones, amplias y acogedoras, escuchan susurrar aún el pausado monólogo de la fuente y una acequia lleva el murmullo del agua recorriendo el patio interior. Esta arquitectura tan a tono con el paisaje, me parece hermosísima y me hace sentir demasiado rudo recordando mis abrigos siberianos. Me detuve en estas comparaciones y contrastes, sentado en el pasto, recostado contra un "samán". Quise salir de sus límites y traspasé una puerta de "guaduas". Me gusta aprender estas palabras aunque mis colegas suramericanos se ríen de mi acento y, por supuesto, de mi sintaxis.

En el samán esperé a Boris, pero al no llegar supuse que se había ido con Marta y Carlos, quienes estaban empeñados en hacer un asado. En esto los suramericanos son insuperables y tiene la mejor reputación del mundo, especialmente los argentinos. ¡Y que cuchillos! Ciertamente mas hermoso que el de aquel desgraciado panadero de Venecia...

Tras la puerta de guadua seguí por un callejón. Los árboles, a lado y lado entrecruzaban sus ramas en el centro, y el cielo era un verde y móvil celaje cuya belleza no puedo describir. Hay emociones inefable en todos los idiomas. Me detuve viendo danzar una pareja de mariposas en un claro soleado del camino y mas adelante me puse, escondido, a imitar los saltos de un grillo. Tuve pena cuando un campesino me sorprendió en tal ridícula postura y le hice un gesto tonto con la mano, sonrojándome. Me reí de mí mismo; pero estaba feliz. Abrí un puerta y pasé a otro potrero de la misma propiedad,

creo, porque la Hacienda es inmensa. ¡ah! Árboles florecidos en pleno verano. El guayacán lila, el tulipán africano, el aliso. Saqué mi cuaderno de notas y apunté estas pueriles vivencias. "Ya verán la envidia que les daré cuando reciban las cartas "-me dije." Alguno mas se animará a viajar. El Albanés, estoy seguro. Apuesto que se viene con la moldova. ¡Lástima una cámara" Pero Carlos y Martha nos han prometido volver a invitar; y si no..., pues basta con salir al campo y mirar, porque esto no es un oasis, sino un eterno milagro". Me entretuve con estas gozosas sensaciones hasta llegar a una humilde casa, blanca y de bahareque, con una cenefa azul a la altura del guardaescoba. Contemplé sus líneas simples y su diseño funcional: la puerta, las barandas y el infaltable corredor. La ventana estaba abierta y atraído por la curiosidad me acerqué. ¿Qué habría allí? El contraluz dificultaba mi visión. Abrí la puertecilla de madera y subí al corredor. Aunque sabía de la cordialidad de esta gente, también conocía los difíciles momentos del país y temía una reacción violenta de llegar a ser sorprendido, pero seguí y miré: vi mi cara reflejada en el claroscuro de la habitación. Pasé la mano queriendo tocar el vidrio de la ventana, pero, tal como lo esperaba, no había vidrio; no se usa en este tipo de viviendas. Me sonreí desde adentro viéndome ensayar una explicación. "Que extraño". Y así lo hice. Recorrí el mismo trayecto pensando que no era yo el que estaba ahí, sino Watzlavick, el polaco, que quería continuar explicándome la enantiomorfía...!Ah! los frondosos árboles; el grato ambiente tropical. Grígori estaba tratando de mostrarle a una mosca la salida de la trampa de cristal, salté la cerca con agilidad; creo que subí al corredor y allí estaba yo. Oí que Sonia le dijo a Grígori:

- Landasky es bello.

La miré y le hice un gesto con la mano, que me correspondieron los dos.

El samán

La última vez me dijo que quería venir a visitarme; el samán a donde suelo ir. Ayer lo esperé; llegó a la hora anunciada. Serían las cinco. Un pintor italiano le dijo que este momento tenía la mejor luz. ¡Cosas de artistas! También a mi me lo parece. Cruzó la puerta maravillándome de su plasticidad para pasar sus amas; luego, en la sala, se mostró conversador. Fue franco al pedirme que dejara la ventana abierta; acostumbrado al parque sentía un poquito de claustrofobia. El diálogo s cosa nuestra, pero aseguró que volvería.

Memoria de manantiales

Se escapó mientras sus padres se dedicaban a las labores del campo. Montó en la yegua Careta y a galope se dirigió al Chorro a juntarse con sus amigos. Al llegar a la quebrada se encontró con Marino, dejando amarrada la yegua a la rama de un nacedero, y se internaron en el monte matando pájaros con sus caucheras. Lo conocían y hacían caso omiso de las prevenciones, de que no se metieran en él por las culebras y por que allí vivía el Duende, La Pata Sola, El Coco, Las Animas de la Montaña. Los mayores hablaban de los Aparecidos, del Perro de las Cadenas, pero ellos iban a cazar moradas y a coger panales. Se divertían, comían los alimentos robados, fumaban y bebían.

Llegó la noche. La yegua a la rama y los muchachos no encontraban salida. Era lo que doña Mercedes les decía, que el encanto principia por disfrutar el momento y olvidarse de todo. Esa era la astucia del Duende que hacía aparecer apetitosas guayabas, caímos y granadillas. Cuando quisieron regresar las sombras tapaban las salida, y comenzaron los ruidos: el canto de las ranas y los grillos; el aleteo de los morrocoes y los buhos, las risas extrañas, los pasos, los quejidos, un alto negro de sombra entre la fría neblina. La espesura se iluminó un instante

-¡Las Animas!

-¡Ay! ¡Madrecita Santísima, ampáranos!

De dos palos hicieron un cruz. Marino sintió que lo tumbaban y gritó espantando una bandada de chamonos y de hoyeros. Se les enfriaron las lágrimas al ver la mujer del largo vestido blanco.

- Es la Pata Sola. O el Alma del Monte

Dieron media vuelta y huyeron golpeándose con las ramas. Encontraron el camino al final del monte. Oyeron ladrar y aligeraron el paso temiendo el Perro de las Cadenas.

La Careta estaba allí, paciente; la desamarraron y cabalgaron como jinetes de viento. Al llegar al patio, entre los gansos habían varios Duendes, pero pudieron alcanzar la cocina.

La nueva prenda

La maestra indicaba a los niños como usar el bozal y las orejeras. Les decía: “Hay que mirar hacia delante” y les hablaba del progreso. “Con los medios de comunicación tan desarrollados, ya no tenemos ni que hablar”. Era feliz: no opinaba. Aquel día llegaron al colegio bien vestidos, con sus bozales y orejeras limpios. En clase de idiomas se internaron en el laberinto de las palabras.

Nadie preguntó nunca porque esta clase se estudiaba en un sótano anexo. La maestra descendió al segundo piso, luego al primero, tomando al lado derecho por un pasillo oscuro. Habían celdas a lado y lado. Las primeras estaban vacías pero al avanzar comenzaron a ver niños prisioneros.

- *A este lo mandó el director por mentiroso.*
- *¿Qué dijo?- preguntó uno.*
- *Que el cuaderno se le había quedado en casa. Eso era mentira; yo misma abrí el maletín y el cuaderno estaba allí; lo que pasaba era que no había hecho la tarea.*

Hacía frío. La maestra continuó relatando:

Este está aquí porque se masturbó un día –y agregó:- Niño, ¡póngase el bozal! – molesta, al caer en cuenta que estaba dialogando.

- *Este es Pepe.*

Había sido condiscípulo; ya no le recordaban; se había orinado en los cuadernos de ellos. Lo apodaban “El Perro”. Casi lo habían olvidado.

Al fondo estaba Mario, castigado por tener mugre en el cuello, de llegar tarde y no cortarse el pelo; porque cambiaba vistas, jugaba bolas y era muy amigüero.

-¿Y eso es malo?

La maestra le acomodó el bozal al niño que le preguntaba y le enderezó las orejeras. Siguiendo el recorrido llegaron a un amplio salón iluminado por grandes lámparas. Ella se arregló el vestido.

Al entrar vieron unos hombres con túnica. Ella hizo una reverencia e indicó a los niños que se arrodillaran. Un educador paternalmente los invitó a levantarse.

Los niños estaban admirados y lelos; la maestra orgullosa. En formación iban observando el deslumbrante recinto.

- *Aquí se hacen las palabras, niños – susurró.*
- *¿Por qué Pepe no habla?- preguntó Arturo*

Aquellos señores lo miraban, y luego se fijaron en la maestra, que palideció. Uno de estos hombres, ágil y corpulento, se acercó al niño y le apretó el bozal recriminando:

-Señorita, ¿entonces para qué hemos inventado la prenda? Recuerde que es de uso obligatorio y, en segundo lugar, como estamos en período de experimentación, debe cumplir disciplinadamente con informar permanentemente acerca de sus resultados, haciendo sugerencias para dar con el modelo definitivo.

-¿O cree Ud., que tenemos que regresar al látigo, a esa práctica salvaje?...- interrumpió otro educador.

Uno mayor, con túnica diferente, que parecía el Recto, caminó lentamente y en tono conciliador le dijo:

- No se preocupe..., pero recuerde la regla.

Estaba lívida, contenía la respiración; él le puso la mano en el hombro, despidiéndola con afabilidad.

La maestra y los niños continuaron. Ella quiso regresar, excusarse y enviar a ese niño al sótano. ¡Este preguntón se arrepentirá una y mil veces!- pensó. Y por su parte Arturo sufría sabiendo lo que le iba a suceder.

La señorita haciendo un esfuerzo, retomó el tema:

- Aquí se hace el lenguaje. Los maestros buscan la auténtica expresión nacional.

En las paredes había colecciones de palabras disecadas, prendidas de un alfiler; otras metidas en trampas o aplastadas con piedras.

La clase se hizo más interesante al pasar al taller de escultura y cerámica: se ensayaban modelos de ciudadano, con manos suaves, delicados pies y sin orejas; aunque algunos tenían oídos, ninguno boca. Arturito se desmayó al ver la momia con la boca cosida. Cayó de bruces y se reventó los labios. Al despertar tenía la boca cosida y sobre ella una tela amarilla y sanguinolenta.

Arturito se ha acostumbrado a ver pasar la maestra los martes frente a su celda; ve a sus antiguos compañeros y demás alumnos y precisa los progresos del proyecto.

A la sombra del sauce

Aunque iban a ser las cinco el verano caía bravo sobre la calle, que él veía desde la oficina. Teclaba en la vieja máquina el último oficio. Henry pasó un pañuelo secando el sudor.

- Mañana lo firmo- dijo el Juez, a manera de despedida.

El continuó tranquilamente los últimos renglones y sacó la hoja haciendo sonar el rodillo. A las seis salió en compañía de los demás empleados y se dispersaron con las pavesas de la brisa; él no, él pasó a la tienda y pidió un aguardiente. Afuera la luz se fue atenuando hasta extinguirse; adentro, la música, el bullicio de los clientes y los bombillos encendidos le hicieron olvidar el paso de las horas. El propietario sumó otro a los muchos que ya llevaba.

- obsequio de la casa- dijo.

Lo agradeció con un gesto, lo bebió y se levantó. Al pagar el consumo se dio cuenta que estaba borracho; canceló y se despidió. Al salir tropezó en la oscuridad, se levantó y siguió por la acera hasta la calle central. Bajó zigzagueando y al pasar sobre el río se acercó a la baranda balanceándose en el vacío, y una suave mano lo contuvo. Era la mujer que lo esperaba entre las sombras. La reconoció.

- Gracias

Ella le frotó la espalda pasando la mano entre la sudada camisa.

- ¿Dónde estabas?- dijo, con dificultad

Ella pasó su brazo izquierdo por la cintura de él y recostó la cabeza sobre su hombro, y él sintió que lo envolvía un irresistible aliento. Juntos continuaron rozando sus cuerpos, tambaleando por la calle y llegaron a la carrilera, caminaron por el sendero paralelo hasta el túnel y entraron, descendiendo a un oscuro campo poblado de luciérnagas; los grillos callaban. Con ella perdía el sentido.

- ¿Llegamos?

- Ella lo dejó sostenido contra su dorso etéreo y movió la pesada puerta, volviéndose para evitar que cayera.

-¡Uy! ¡Uy! Estoy mareado.

Ella zafó su vestido blanco que se había enredado en la rama de un sauce descubriendo sus blancos senos, echó hacia atrás la cabeza sacudiendo su pelo, y lo hizo entrar ansiosa y apetente. Le dio un beso en la nuca y bajaron al estrecho lecho; desabotonó su camisa y durmieron dulcemente cansados entre las hojas que el jadeante viento rodó.

E despertó a la hora acostumbrada, recogió sus ropas dispersas en las tumbas vecinas y subió a la luz.

Polvo de Estrellas

La vida transcurrió sin podernos poseer. ¡Qué rápido todo! Era muy niña en el vórtice del tiempo: ella y yo- dos pequeños granos dentro de la doble gota de cristal- quedamos frente a frente. ¡Ah! Los amores infantiles se resolvieron en las tímidas miradas y el beso aplazado, mientras nos compelia la fuerza del remolino al estrecho del túnel por el paso de luz y caímos en la transparente burbuja de abajo. Atrás quedaron los amaneceres, el cálido bosque, y las lluvias contra el vidrio de las ventanas. En la alta campana era grato caminar los días olvidando hacia dónde conducían nuestros constantes pasos circulares. Ahora, en la Región del Misterio, la he vuelto a encontrar: paseaba en la noche y me le acerqué. Do fuegos fatuos que iban abrazados iluminaron su rostro y vi la piel de Luna Arenita, suave, etérea.

- *Me encantaría acompañarte- le dije con una voz que había esperado hablarle la vida entera.*
- *Quiero recoger conchas- me dijo.*

Descendimos a la playa entre palmeras, por un camino ondulante. Le di una concha reteniendo su mano; ella la guardó en su delantal, pero yo le quité el delantal y solté su falda; ella levantó los brazos y le dije sacando su blusa, “ No olvides que te habla un muerto, resucitadora mía, un muerto que esta esperando que tu agites sus cenizas”.

- *Ceroera- me dijo.*

Condescendiente sonrió. ¡Ah! Que sus senos eran dulces.

Alegre se tendió a la caricia esperada, mientras las estrellas dejaban caer sobre nosotros su polvo de luz.

Los Cuernos del Diablo

A la puerta de la escuela de teatro acordaron ir a la fiesta disfrazados. Se dieron cita a las diez de la noche en el apartamento de Enrique y carolina. Enrique se maquilló como un mimo. Carolina le dio los últimos retoques. Carolina se vistió de mariposa. A las diez llegó la muerte, puntualmente, tan bien representada, que Carolina y Enrique no supieron quién era. Comenzaban las sorpresas. Enseguida llegó el Diablo y tras él, la Bruja. Luego el Mago y la Serpiente. Eran maestros del maquillaje.

Los últimos que entraron fueron Sansón y Dalila. La bruja apagó los bombillos y encendió tres velas. Con los primeros chisporroteos danzó la Muerte mientras Dalila ponía un disco de música árabe.

El Mago descubrió una botella de aguardiente que tapaba con su colorido pañuelo de seda. Todos rieron al ver que las copas se llenaban solas. La culebra se arrastró hasta Sansón, puso su cabeza en sus muslos y pronto supo que era varón. Dalila y la Muerte danzaban. El Diablo prendió las alas de Carolina. Enrique se las quitó, salió al balcón y las dejó caer. La Muerte se rió con gusto y Sansón le dio un coscorrón al Diablo. Tocaron a la puerta, Enrique abrió.

- Por favor hagan menos ruido que al lado hay un enfermo.
- Disculpe vecino- y fue a disminuir el volumen a la música.

La Serpiente hundió sus colmillos en los muslos de Sansón hasta gustar su sangre. Estaban felices. El mago extrajo de su sombrero dos alas de mariposa. El grupo estaba desinhibido. Cuando se acabaron la velas la Muerte sacó su cámara y empezó a tomar fotos: Clic, clic. Prefería a Dalila; estaba lujuriosa y sensual. Le mordió el labio y le pisó un pie. La ciudad se reflejaba en el apartamento haciendo una agradable penumbra. A las dos de la mañana la Bruja, borracha, prendió las luces, y dijo:

-Aquí sobra uno.

- Andate- le contestaron
- No soy yo.
- Sí, es verdad, estamos impares.
- Yo, soy yo- dijo Enrique y todos lo reconocieron.
- Tu eres Carolina- dijo la Bruja.
- Y tu, ¿Raquel?- se esforzó en reconocerla Carolina.
- El Diablo es José Antonio
- Exacto- confirmó

Los demás bebían sin prestar atención

- ¿Tu quien eres, Sansón?
- Soy Sansón.
- Y tu, ¿Dalila?
- Dalila es mi hembra- dijo abrazándola la Muerte.

Esa pareja estaba vulgar con sus excesos.

- *Sansón es varón- aclaró la Serpiente- y yo soy fanny.*
- *Yo, soy yo- dijo la Muerte*
- *Yo también soy yo- dijo Dalila, y se fue quedando dormida.*
- *Dalila es Chela- comentó Sansón.*

Era cierto: estaban con la Muerte.

- *Me equivoque de pieza; iba al apartamento de al lado...*
- *Eso no importa. Dijo el Mago-. Sigamos la rumba.*

La muerte a cambio de los desordenados besos de Dalila, y de sus locas emociones, le perdonó la vida a su vecino.

En la Ciudad de Hierro

Un disco mejicano por los altavoces de la ciudad de hierro, llenaba el ambiente. La gente subía a la rueda de Chicago, se precipitaba por las pendientes de la montaña rusa gozando del vértigo o de miedo, en el museo de cera, o en la casa de Frankenstein. Los pequeños iban al trotecito circular del carrusel, y se podía apostar al martillo, al tiro al blanco con escopetas de corcho con cañones torcidos. Los vendedores ofrecían helados y crispetas, choclos y chorizos. Un grupo de adolescentes se acercó a la mujer del pozo. Venían del tren fantasma y querían jugar con ella. Apostaban a cuál la haría zambullir más veces. Subía en un columpio y se balanceaba con malhumorada resignación. Golpeando con un disco de plomo un mecanismo ella caía. Carlos Alfonso, siempre le hacía dar el remojón. Cuando la mujer se hundía no oía la canción mejicana. Al salir colgaba el columpio y se sentaba, nuevamente, como un antropoide amaestrado. A él le gustaba verla tiritar. Durante la feria fue siete veces y la última la esperó a la salida. Pensaba asesinarla. Como tardaba llevó a su camerino la navaja. En la penumbra ella gritó. Carlos vio salir de su grito una manada de perros que lo devoraba. Al despertar llevaba un collar y la mujer del columpio lo jalaba.

Le puso la comida en el suelo y lo miró inexpresivamente.

Las muñecas

La camioneta brillaba; la conducía una muñeca; su rictus era plástico y tampoco su rubia compañera sonreía. Estacioné mi vehículo junto al suyo y subieron el vidrio, ubicándose unos cuantos metros más allá. ¡Uff!, descansé...Sus ojos de vidrio no me daban ninguna confianza.

Atabales

Cortaba la noche como un cometa sobre ruedas a más de 100 kilómetros por hora. Al entrar al cañón ya iba a 120 , y era más la muerte que la vida. Al ver las cañasbravas al borde del río comprendió que estaba próximo a llegar. En sentido contrario venía otra moto. Una roja y la otra negra y en cada una, una pareja.. Tenían sus cascos y sus viseras, sus pantalones ceñidos y sus chaquetas, aunque Isabela dejaba al aire los largos velos de su falda blanca. Tras ellos otras luces se movían. Cortaron los alambres de un cerco y entraron raudos, caballeros de la noche, sobre sus veloces corceles de humo. En el suelo retumbaban los atabales de sus maniobras suicidas.

Los vigilantes del club llegaron, vieron dos grupos dentro del campo de polo, pero fueron sorprendidos y amordazados. Solo sus ojos iban a ser testigos de aquel encuentro en las montañas.

El perfume de Isabela agradaba a su amigo. Cada bando se tomaba su tiempo. Nadie vio esas lágrimas rápidas que le brotaban a Isabela y de las que enseguida se olvidó. En la gramilla quedaron dos motocicletas. Ninguno preguntó por que nadie intentó evitarlo. Dieron varias vueltas y se ubicaron frente a frente. Se hizo un solo grupo en las blancas graderías, se pusieron capas negras y sombreros negros, yéndose al tono de la noche. Isabela en la mitad, vestido blanco, bajó la gradería, se acercó al árbol donde se encontraban los vigilantes y les vendó los ojos. Regresó a su sitio. Los motores prendidos, los cascos puestos, la visera bajada y la determinación en la punta. Las lanzas parecían de luna y lo banderines se alumbraron de frío. Fue violento arranque, galopante aceleración; la arremetida demasiado breve, y el choque, húmeda sensación en las mejillas de Isabela.

Escenas de la Vida Nacional

1. Las medias

- *Estás nervioso , Luis.*
- *No, no lo estoy.*
- *Has armado toda una escena por las medias.*
- *Podrías haberlas tenido listas*

Se oyó una explosión y su carro quedó ardiendo. Luis se puso a sudar pensando en lo que, de haber salido a tiempo, podría haberle sucedido.

2. Un Vestido a Tono con su Alegría

Cerró la llave de la ducha y tomó la toalla. Sabía que era bella. Se miró desnuda y segura ante el espejo, de cuerpo entero. Se envolvió en la toalla y salió. Estaba contenta, abrió el closet y pensó en el vestido que se pondría: "El azul es bonito, pero a Jaime no le gusta. ¿El verde?. Está algo sucio. ¿El blanco...? Hoy no es un día para este vestido; hace frío. ¿El café...? Es mas acogedor, pero no, no; hoy no... Tampoco el gris ni el malva. El rosado está pasado de moda. Este amarillo es alegre. Además siempre que me lo pongo me va bien; me trae buena suerte". Se resolvió por el amarillo y entonada y alegre salió a la calle. La mañana iba a su vestido, el vestido a sus ilusiones, sus ilusiones a su alma. El vestido amarillo se tiñó de rojo. En la acera del frente yacía un hombre.

Al día siguiente se dijo de dos personas fallecidas trágicamente en un rico sector de la ciudad, una de ellas, una linda jovencita, por una bala perdida en un ajuste de cuentas.

3. Pena Máxima

La ciudad quedaba en el centro porque él vivía en las afueras. Venía corriendo a su juventud con zapatos de caucho bien amarrados. Hermínsul era un muchacho de carrera rápida; el más veloz de la cuadra y también de los que mas necesidad pasaba. Se acostumbró a esquivar la policía. Pateaba bien el balón sin entrar al estadio. Veía los partidos en los televisores de exhibición. Del amor sólo sabía la erección que le producía

ver a Tola, la vecina, desde que los bacanes contaron que le habían hecho vacamuerta. Cuando tomaba aguardiente e enjuagaba la boca y tiraba el primer trago. El segundo le irritaba la garganta porque sólo tenía trece años, aunque ya se había emborrachado muchas veces y conocía otras formas de adormecer los sentidos. Por la mañana vio a Tola cuando se cambiaba la blusa roja descolorida que se había puesto al revés. Le vio sus senitos y sintió que el mundo era suyo. La miraba por la chambrana del patio. Pensó que la película había terminado cuando se entró, pero esperó casi una hora a que volviera a salir, pero tanta suerte no era suya. De tener billete se iría con Carlos a La Celestina; allí encontrarían senos así y toda esa rumba que tiene la piel.

No tuvo tiempo.

A las doce y media corría como alma que lleva el diablo; tenía en la mano un zarcillo y en el zarcillo un hilillo de sangre. Carlos corría por la acera de enfrente; Hermínsul ponía el pie con firmeza y rapidez en el pavimento. También esta vez eludió a la policía, sin embargo le entró miedo viendo que tras él corría un inusual insistencia. Carlos se escabulló entre la gente. El turno era suyo. Volteó por la esquina y se escondió en un antejardín. Se tranquilizó; lo había conseguido. Los dueños de la casa se asomaron.

- ¿Qué se le ofrece?

El perseguidor lo descubrió, y Hermínsul arrancó a correr. Sentía su cuerpo respondiendo- no importaba para nada el ardiente sol del mediodía -; sólo confiaba en su músculos, en sus zapatos. Cinco cuerdas más adelante inesperadamente un bolillazo en la cara lo tumbó. Sangró.

- ¡Gamín!, ¡hijueputa!

Recibió otro golpe en el hombro y vio, patético, cómo llegaba el señor, levantaba la pierna derecha como cobrando un pênal en la copa mundo y le pegaba una patada en la boca del estómago y se le iba la luz.

Pregunten por Mateo

En la guerra no tenía dinero para comprar sus cigarrillos ni su trago. Cierto que a su trinchera no llegaban las balas de las ametralladoras ni la alcanzaban las bombas; lo que si tenía era que pagar el techo, la papa, la luz, el agua. A pesa de eso, la vez que del juzgado lo vinieron a lanzar, tuvo la sensación de que perdía terreno y avanzaba el enemigo. No se sentía orgulloso de sus heridas (por un dolor de muelas no lo iba a condecorar el sindicato, ni por cálculos renales). Entregó las llaves de la casa y emprendió la retirada, el éxodo, con su familia. Viendo a sus hijos cargar los bártulos pensó que Enrique, con sus 16 años, pronto caería prisionero. Ya lo imaginaba jugando tejo, tomando cerveza los domingos, saliendo a trabajar el lunes. Subieron las cosas en un camioncito y a la cabina entró Esneda, su hija de 13 años. Era igualita a la mamá. No necesitaba ni de uniforme para identificarse. El camión arrancó y el juez se quedó

frente a la casa como un mariscal después de la victoria. Una cuadras mas adelante los sobrepasó una patrulla motorizada de la P. M. Eusebio no se asustó: ese ruido brusco e inesperado, no amedrentó sus esperanzas. Estaba decidido a realizar a toda costa su propósito. Tuvo tiempo de arreglarse el saco. Se le metió en la cabeza durante varios años que no había plata para el vicio. Por las mañanas trotaba al trabajo. La mujer le había insinuado, con toda la prudencia del caso para no armar una garrotera, que se comprara una bicicleta, pero Eusebio prefería su vinculación con la infantería. Era claro y preciso en la información que daba a sus superiores.

- Sí, Señor Gerente, hoy distribuimos, con el debido cuidado, veinticinco cajas de escopetas al Ley.
- ¿Y los juguetes del Tía?
- Sin novedad.

Al pasar por la Comisaría Norte izaban la bandera y pensó que la dejarían a media asta. No sabía exactamente por qué, pero sentía que él era un soldado. El camión llegó a su objetivo después de una fatigosa travesía.

El conductor les dijo:

- Son tres mil pesos- y agregó: detrás de esa loma queda.! Buena suerte!
- Gracias- dijo-. Aquí tiene su plata.¡¡Venezuela!!

El señor del camión les recordó con cierto afecto:

- En la tienda que les digo, pregunten por "Mateo"; él se llama Alaberto, pero ese es el santo y seña.

Sobre el cielo cruzaron veloces e irreales los dos últimos Mirages de la Patria.

Para Navidad un Arbol de Olivo

Desde el matorral se veía la ventana. Una señora, pelo largo, cara amable y manos hacendosas, tenía una chamiza. Encendió una vela y colocó la rama seca entre un tarro de galletas con arena. Una niña, 9 años, envolvió el tarro con papel regalo. Se oyó un disparo. La señora pasó su mano sobre el hombro de la niña y permanecieron silenciosas. En el monte se espantaban grillos y luciérnagas; volaban loros y hoyeros, y en un potrero cercano, revoloteaban los pellares. La niña puso una bolita de color a la chamiza. La madre, calladamente, colocó otra más alta. Junto a la ventana había una jaula con una mirla. La niña enredó una serpentina y las dos coloreaban, poco a poco la rama. Las ametralladoras se escucharon y un golpe seco quebró el marco de la ventana. Madre e hija se tiraron al piso. La niña, cara al suelo, sintió sangre en la mejilla, y las leves plumas del ave la entristecieron. Parpadeó. Su madre le puso suavemente la mano, acariciándola y ella, sin querer, debió beber sangre de la mirla. Pasados unos minutos se levantaron y pusieron el festón que faltaba a su arbolito de navidad.

La conmemoración

Primero llegaron dos invitados mutilados de las manos. Claramente digo que no tenían ninguna mano. El portero no vio esto porque era ciego. Estaba de pie con una caja de claveles blancos. Enseguida entró un grupo de tres: todos con muletas. Eran dos hombres y una mujer. Los paraplégicos en sus sillas entraron veloces tirando serpentinas. El portero sonrió reconociendo sus voces. Alguien puso un disco de salsa y los paraplégicos salieron a bailar sobre ruedas como si fueran carritos chocones. Los mancos movían los pies al compás. Una hora más tarde entraron los últimos invitados: una jovencita ciega con la cara quemada y un hombre a quien le faltaban varios dedos en cada mano. Todos tenían el clavel.

- *¿Recuerdas, Carlos, esa sirena que se escuchó antes de la explosión?*
- *Ya te vas a poner a...*
- *¡Perdona!*
- *Sólo oí el llanto del niño.*

La ciega comenzó a cantar. Su voz era bella. En cada conmemoración interpretaba los mismos temas.

Al día siguiente se veían pisoteados los claveles entre serpentinas y cubiertos caídos. La vajilla aún no había sido levantada de las mesas; los vasos tenían conchos de whisky.

Solos, en el gran salón, la joven y su compañero, parecían estar en la cubierta de un buque; su vestido rosado estaba completamente ajado y él llevaba la camisa por fuera. Ella lo tomó del brazo y dijo con delicadeza:

- *Me hiciste daño anoche...*
- *Carlos no contestó.*

Salieron dejando la puerta de par en par; cruzaron el jardín. Hacía sol pero llovía.

Tratado de las Palabras Viscosas

Revisando su trabajo de los últimos días comprendió que debía continuar. No salía del estudio. Escribir era su vida. Escribía a todo hora. Las palabras eran pegajosas; su sudor gelatinoso. Las palabras le brotaban larvadas, se movían por la pieza y se salían por debajo de la puerta que su mujer exterminaba sin conmiseración. Muchas eran difíciles de matar. Ella las pisaba y las echaba otra vez por la rendija. Su mujer no sabía que al estriparlas de su sustancia salían nuevas palabras. Se reproducían por bipartición. El estudio estaba prácticamente lleno, pero sólo al colmarlo habría terminado su refugio literario donde el sol no le haría daño. Todavía, a consecuencia de la escasa luz que se filtraba, le salían erosiones en la piel. Escribía y escribía. De la mano derecha principió a emanar un saliva viscosa: su inacabable discurso. Al morir, el estudio comenzó a solidificarse y a resumirse en un libro, sobre el escritorio, cuyo título no causó ninguna sorpresa.

El Ultimo Libro

Don Francisco firmó; el negocio estaba hecho. El viejo caserón del barrio San Nicolás últimamente se veía destartado y resultaba incomodo. Al tomar la determinación de ampliar sus servicios adquiriendo nueva y moderna maquinaria, decidió cambiar de local. Yo entre con la confianza de haber publicado mis libros en su imprenta, una vieja Mergenthaler de finales del siglo que acababa de vender a un industrial que codiciaba.

- *Bueno días- saludé*
- *Buenos- me contestaron.*

Me hice a un lado mientras terminaban la conversación. El nuevo propietario salió satisfecho, como estaba don Francisco esperando trasladarse a la nueva sede donde recibiría los equipos de fotocomposición. Utilizaría películas y líquidos reveladores.

¡Algo novedoso! Lo último de la ciencia y la tecnología. Yo, aunque veía la conveniencia de adaptarse, participaba mas de la razones del coleccionista. Me acerqué, cogí una regleta y, letra a letra, fui armando esta frase: " Me gusta esta máquina".

- *La vendí- me contestó don Francisco.*
- *Lo sé.*
- *Don Francisco, como el señor quedó de llevársela en quince días, podríamos levantar el libro del señor Mots- comentó el linotipista.*
- *- Es verdad, Dardanel- respondió-. ¿Y a usted qué le parece?- me dijo don Francisco.*

Me fui transformando. La idea me agradaba.

- *Sería el último- dijo Dardanel, brillándole los ojos.*

Me puse contento; de verdad que mi libro fuera el último, me agradaba.

Don Franciso me invitó a conocer el local; adelante, donde estaría la recepción y su oficina, era claro y amplio, bien pintado; luego venían las divisiones para el dibujante, el fotomecánico, los espacios de exposición y revelado, para el scanner y las maquinas impresoras. La mas grande de las divisiones era la de intercalación y engomado, donde además estaría la guillotina. Una estantería de madera la rodeaba, la cual serviría para ordenar y clasificar los trabajos. Al fondo estaban el baño y la bodega donde se almacenaría las tintas y papeles.

Lo felicité y me despedí; salí complacido por la oportuna sugerencia de Dardanel.

- *No se preocupe, don Francisco- le dije-. Yo hablo con el comprador y publicamos el libro en la Mergenthaler.*

Y así fue. El acepto e incluso estuvo observando, gozoso, su maquina en funcionamiento; pero el que más disfrutaba era Dardanel.

- *En la fundición hay algo hermoso-repetía-.Las maquinas de ahora no tienen se encanto, les falta fuego.*

Dardanel mostraba una destreza tal que no se me ocurrió pensar que pudiera haber hecho otra cosa en su vida ni que pudiese llega a hacerla. Este último libro representaba para él un adiós a su maquina, la dolorosa separación de un capitán al que le quitan su barco. Mi libro era su salvación.

Pronto lo terminó. Al poemario lo titulé "Izaka"; el papel era medieval, de excelente blancura y gramaje; la tinta vinotinto y la carátula negra, con el título y mi nombre invertidos.

Entusiasmado salí con el primer ejemplar. Fui a ver a mis amigos de la Cámara del Libro, quienes me ofrecieron realizar un coctel, el cual se aprovecharía para reunir a los autoeditores, idea que desde hace algún tiempo viene motivando al Director, considerando que somos expresiones de una fuerza cultural valiosa pero dispersa que es necesario identificar para apoyar de manera programática.

A la semana siguiente les llevé varios ejemplares y definimos la fecha, dejando un tiempo prudencial para las invitaciones y promoción dentro de nuestro mundillo artístico, y claro está, para contar con la presencia de las casas editoras y las personalidades.

Llegado el día el libro fue exhibido a la entrada en la que un empleado de la Cámara lo vendía con un descuento especial; intervino el Director quien expuso la conveniencia de reunirnos a intercambiar ideas con la seguridad que saldrían interesantes proyectos

pues representábamos la manifestación de una gran creatividad, llamada a la consecución de sustanciales logros. Me puso de ejemplo. Sabía que esta era una de las contraprestaciones y no dejar de ruborizarme. Leí algunos poemas y departí con los amigos.

- *Me gustó el último poema- me dijo Dardanel.*
- *Gracias*
- *Tiene influencias orientales- dijo.*
- *Es verdad- admití*
- *Japonesas; chinas.*
- *¿Son tan evidentes?*
- *Lo dice la contraportada. No se olvide que yo fui quien lo imprimí...*

Dardanel me recordó lo que le representaban más de treinta y tres años junto a esa Mergenthaler endiablada a la que había entregado su vida. Estaba satisfecho de que mi libro hubiese sido el último. Le regalé un ejemplar con una extensa dedicatoria. Apuró un aguardiente y se despidió. Lo ví salir prendido.

La tercera parte de la edición se vendió ese mismo día. Con "Izaka" tuve un éxito multiplicador; no solo vendía y vendía esta edición, sino que la gente, y después los libreros me solicitaron otros títulos. Abrí una cuenta especial y creí que había llegado el momento de vivir mis letras.

La edición se acabó, y en los cinco meses siguientes, vendí casi todas las existencias de los libros anteriores. Al sexto mes sólo me quedaban dos colecciones que había guardado celosamente, pero una casa editora, empeñada en hacer una edición de mis obras completas, me ofreció pagarme una de ellas a tan buen precio que no vacilé. Estaba sorprendido. Me quedaba una colección y me propuse la tarea de releer mis escritos; cambié los muebles de mi apartamento y solicité autorización al propietario para hacer una reforma al estudio en el cual pasaba las horas con mis autores preferidos y volviendo sobre mis propios textos.

Un día me llamaron de la Cámara para decirme que había recibido el primer premio, entre los libros editados en linotipo, que era algo especial; que me harían llegar la vitela y el cheque. Fue cosa de segundos porque en seguida tocaron; era el mensajero con un paquete de cartón tubular y una carta. Los abrí; era la vitela y seis millones de pesos.

Ese mismo día, o al siguiente, no lo recuerdo, fui a contarle a don Francisco a su nuevo local. Días después, casualmente me encontré con Dardanel.

-Uno tiene que saber esperar- me dijo.

Le pregunté por el coleccionista y no lo había vuelto a ver. Dardanel se había jubilado y lo noté displicente con eso de que "uno tiene que saber esperar". Había resentimiento en esa frase; no en la frase misma, pero sí en la manera de decirla. Yo quería comprar la máquina y proponerle que la manejara; pero pospuse ese proyecto.

Viajé por Sur América dando conferencias, invitado por la Cámara, en las ciudades en que nuestra asociación tenía entidades homólogas, y así viví ese año y cuatro más. Al sexto me visitó don Francisco para pedirme un ejemplar de "Izaka"; le dije que no tenía sino uno, que la edición se había agotado y todas las demás también, pero al final me convenció y le vendí las últimas existencias, excepto "Izaka".

-¿Cuándo lo reedita?- me preguntó.

No supe responderle; me había interesado por otras cosas.

- Ya veremos- le dije, por salir del paso.

Ese año no me salió como los anteriores; tuve peritonitis, estuve al borde de la muerte y se me infectó el organismo. Me deprimí y he tenido que luchar con oscuras ideas pensando que he desperdiciado lo mejor de mí, que me he engañado con el éxito y no he sido capaz de amar; y lo que es mas grave, no he vuelto a escribir.

En días pasados vino el coleccionista y me ofreció compra por el libro; le dije que no tenía sino ese y que no podía venderlo; él subió el precio, hizo una oferta tentadora y como ya no tenía dinero, accedí, con la condición de que me quedaría con la última parte del poemario. Aceptó y salió contento. Enseguida golpearon a la puerta, era Dardanel.

Su visita me deprimió hondamente. Le reclamé su displicencia; le reproché que porqué él había dejado pasar la oportunidad de nuestras vidas. No lo había dejado hablar; no sabía a qué había venido.

- Está nervioso- me dijo.

No hizo otro comentario. Recapacité; le ofrecí un café y le pregunté.

- ¿En qué puedo servirle?

Me respondió que tenía unos clientes interesados en mi obra; le dije que ya no tenía ni siquiera un ejemplar para mí.

- Dículte- se despidió.*
- No, espere- le dije-. Y me atreví a comentarle que tenía algunas hojas.*
- Me sirven, señor Mots. Sólo necesitan muestras.*
- En ese caso...*
- Se las compro ¿ Cuánto valen?*

Empecé a sudar; me armé de valor y le dije una cifra altísima. El sacó la cartera y pagó en efectivo.

- Una condición- le dije

-Cuál?

- Me quedo con la última hoja...

La arrancó sin cuidado; le sonreí y me sonrió. Al cerrar la puerta me sentí estúpido, tire el dinero y lo pateé varias veces.

Esa plata no duró; se fue pagando cuentas viejas, que por consideración no me habían enviado. Las negué groseramente y no tardé en verme ante los tribunales en medio de estas aves de rapiña que son los abogados. Me asusté; me hicieron sentir carroña.

Para subsistir ese mes vendí los cuadros originales que a lo largo de mi carrera de escritor me habían regalado amigos pintores; al siguiente tuve que vender libros de mi biblioteca y previniendo días peores fui donde don Francisco para que me diera algunos pesos a cambio de ayudarlo a corregir pruebas. Como siempre, me acogió y me pasó algunos textos.

-¿Y a propósito, no le queda algún ejemplar, alguna muestra de “aquel libro”- me dijo.

Tuve ganas de llorar. El lo leyó en mi rostro.

- *Olvidelo- me dijo.*
- *No se preocupe, si usted supiera...*
- *¿Qué?*
- *Me queda la última página...*
- *¡Que bueno!- dijo él- me interesa.*

Al medio día fui al apartamento y encontré un desahucio judicial; una orden de entrega terminante sino pagaba los últimos tres meses, inmediatamente, más costas y honorarios. Al volver me preguntó qué me pasaba, y le pasé el documento con sus firmas y sellos y ese olor a defunción que tiene los papeles oficiales.

-Pero ¿Se da cuenta que el dinero que le puedo dar por hoja es equivalente a este requerimiento?

- *¿De verdad?*
- *¿La encontró?*
- *Sí, pero sólo le podría vender media. La otra parte..., la quiero conservar...*
- *Esta bien...*
- *De acuerdo, ¿Sabe?*

No se que sentí al ver rasgar la hoja. Guardé mi parte en la billetera. Pagué la cuenta, entregué el apartamento, y con una pequeña diferencia que me quedó, cuando el abogado rectificó una suma equivocada a su favor, me fui a un bar cercano a la universidad. Estaba ebrio y creí ver al coleccionista, pero era Dardanel. Quise llamarlo y no tuve fuerzas; una picada en el corazón me hizo permanecer inmóvil, sufriendo al pensar que se iría. El estaba a la entrada mirando hacia fuera, esperando a alguien; yo agaché mi cabeza sobre la mesa sintiendo aumentar el dolor, saqué mi billetera y busqué el pedazo. Hice el último esfuerzo y le pedí a la mesera que se lo llevara.

- *¿A ese señor?*
- *Sí.*

- ¿Le pasa algo?
- Lléveselo.
- ¿Quiere un vaso de agua?

Pensé que la samaritana no iría sino le aceptaba su ayuda, y le dije que bueno. Me trajo el vaso con agua y al entregarle la contraseña me desvanecí.

- Lo esperaba- me dijo Dardanel , y comenzamos a descender.
-

II

CASA DE FANTASMAS

Casa de Fantasmas

Iván, estudiante de literatura, un día se quedó dormido al lado de un libro de espantos. Al despertar, el libro estaba abierto, y habían desaparecido las ilustraciones...Jamás pudo desalojarlos; lo habitaban...

Máscaras

El bus la dejó a la entrada del pueblo. Lo vio alejarse por la polvorienta carretera e inició su recorrido. Adelante iban dos máscaras, le llevarían trece metros y las oía dialogar. De vez en cuando volteaban a mirarla y no se extrañaba; también ella era una máscara y pronto se reunirían en el mismo lugar.

La visita

Tocan a la puerta. Seguro es la misma persona que vino ayer, que vino anteayer, que ha venido todos esos días, que me asedia y me fastidia. Iré abrirle. Seguramente se sentará en mi silla, cogerá mis libros, fumará en mi pipa. Antes de abrirle me asomaré por la ventana. Sí, ya lo veo; allí está. Ciertamente es el mismo. Puedo demorarme un momento pero volverá a llamar. Terminará por pasar. Lo que me sorprende es que cuando entra sea yo quien hace sus movimientos.

Hombrecitos

Descansaba en la arena. Se llevó la mano a la oreja para rascarse. Con cuidado se quitó un hombrecito que le vociferaba al oído. Lo puso sobre el dorso de su mano izquierda y con el índice de la derecha lo disparó. A siete metros lo observó caer y rodar; vio que se levantó y comenzó a correr anunciando con su mano diminuta futuras venganzas.

Correspondencia

Iba a despertar y le entregaron el sobre. Lo abrió; no contenía ningún escrito. El remite venía en caracteres desconocidos. Fue donde un paleógrafo pues creía que podrían corresponder al griego del siglo de Pericles; la confrontación resultó negativa y finalmente un equipo de profesores concluyó que no pertenecían a lengua conocida. No se atreve a quemarlo ni a romperlo.

Permanecen en su nochero- digo, permanecen porque dos veces más le han entregado un sobre justo cuando va a despertar.

En la Exposición

Ensimismado se introdujo por el sendero del cuadro que admiraba y al volver lo detuvo el vidrio. Veía a los visitantes desde aquel paraje sin oírlos y con la certeza de no poder regresar por ahí prefirió buscar la salida entre los transparentes tonos del río.

La Bestia

Cultivaba el jardín de dalias, hortensias, claveles y caléndulas. Una noche sintió pasos y una respiración profunda. Se levantó y escuchó saltar la cerca y galopar entre las sombras. Al amanecer descubrió las huellas de los cascos y trozadas algunas matas. Para la nueva noche dejó guayabas en la canoa. Antes de acostarse apareció en su frente una mancha morada. A las doce llegaron sus pasos lentos, su aliento expansivo; pastaba. Lo espío por una rendija: era gris plateado. A esa hora, a ella, ya se le insinuaba un cuerno y la luna regaba el jardín.

Raíces apetentes

Sembraron el arbolito con esmero y buena tierra. Pronto lo vieron crecer. Prometía. La perra guardiana murió y la pusieron a su sombra y la copa reverdeció. Ya era todo un árbol. También murió el gatito e igualmente lo enterraron a su lado y un pato que el animal había matado. El los recibía agradecido. No distinguían si era por lo alto y frondoso que la perspectiva lo acercaba pero en la noche las raíces tanteaban en la casa buscando comida.

Guayabas

El niño se cayó cogiendo guayabas y se le salió el alma. Al llevarlo a la casa no recuperó el conocimiento. El alma, junto al árbol, se esconde temerosa de que se la coma un pájaro o llueva y se apague.

Muchacho

Los mayores prevenían a los niños de decir groserías porque les saldrían animales pero Muchacho no se corrigió y sus padres tenían que ayudarlo a sacar de la boca sapos, culebras y alimañas.

El debe alimentarlos de vulgaridades; de lo contrario, lo devorarían.

La semilla

Tanto molestó por la naranja que la mamá se la dio advirtiéndole que si se tragaba una pepa le podía salir un árbol en el estómago. Se descuidó, se le pasó una y le comenzaron a brotar hojas y raíces.

El coco

El papá le dijo: "Duérmase m'hijo que si no se lo come el coco". A media noche fue a verlo y encontró la cama vacía.

Capullo

Mamá, a José Luis se le pegaron las cobijas; despiértalo que va a llegar tarde al colegio.

-Verdad- dijo la madre, yendo a despertar al niño.

En las cobijas se retorcía un gusano de seda.

La vieja Inés

Tocó.

-¿Quién es?

-La vieja Inés- dijo , riendo.

Entreabrieron y vio como iban agrandando los ojos. ¡Qué iban a pensar que "ella" usara esos viejos trucos para llevarse a los niños!

Impresiones

Los objetos le eran familiares no obstante algo le hizo sentir extraño. Repasó una a una cada cosa y el espejo delató su preocupación. De nuevo observó la habitación: la mecedora se movía, pesadamente.

Alma de Artista

Decía que dejaba su alma en cada actuación. Atraído, indeciblemente, decidió ir al concierto. Y así fue: en la interpretación se entregó toda y él salió llevándose su alma. En el escenario pensaron que era un desmayo.

El Vecino

Sonreír hace la vida más llevadera; lo que no me gusta es esa sonrisa de mi vecino dejando ver sus dos colmillos en la noche al otro lado de mi ventana.

El gato

El gato de porcelana dio un salto y huyó por la ventana.

Tiempo Regado

-¡Mamá¿

-Sí, m'hijo.

-El reloj se está regando y me estoy llenando de canas...!!!Mamáaa!!!

El carrusel de las horas

El reloj se había detenido; lo examinó y encontró las manecillas oxidadas. Las aceitó e hizo girar y girar hasta dejarlas funcionando con el poco de cuerda que le quedaba. Fue al baño a lavarse las manos y al mirarse envejecido admitió que había girado su tiempo.

Amor Muerto

Con la franqueza que le conoces me dijo que ya no me quería; que su amor por mi había muerto. ¡Maldito instante!; empecé a sentir una opresión creciente. Qué iba a saber la extraña verdad de sus palabras; que iba a saber que llevaba su cadáver dentro...

La jubilación

Tenía 18 años al recibir el puesto. Desde niño había soñado con el ocio de la vejez. Fue trabajador ejemplar toda su vida. Ese viernes salió muy temprano a recibir la jubilación; hizo una larga cola de ancianos y recordó episodios de la juventud. Faltaban dos para llegar a la ventanilla y conversaba animado.

-El siguiente- llamaron.

Quedó en turno. Con el pañuelo secó el sudor de su frente. Escuchó una exclamación de sorpresa pero no supo de dónde provenía. Don Roberto dio un paso adelante cuando la ventanilla quedó libre. La señorita examinó los documentos.

- *Lo siento; usted tenía otro destino; debe volver a empezar- le dijo.*
- *¡Ay! ¡Dios Mío!- exclamó convertido en niño, mientras la señorita decía:*
- *¡El siguiente!*

El Anciano y el Caracol

Tiene sus recuerdos quietos; sólo la mirada cansada sigue al caracol.

Recogiendo los pasos

Envejeció con la tristeza de acompañar a los suyos a la tumba. El camino era el mismo desde su corredor; la pena siempre nueva. La pérdida de un amigo lo hizo enmudecer. Se sorprendió al verlo llegar y pensó que enloquecía. Se sentó. El Patriarca no le quiso hablar.

A la segunda visita le sonrió, y a la tercera le dijo:

- *Acompáñame esta tarde a las 6, que la dicha es tener con quien compartir la comida.*

El amigo llegó puntual.

Desde ese día se les ve en el corredor a la hora acostumbrada.

Amigos

Envejeció con la tristeza de acompañar a los suyos a la tumba. El camino era el mismo desde su corredor; la pena siempre nueva. La pérdida de un amigo lo hizo enmudecer. Se sorprendió al verlo llegar y pensó que enloquecía. Se sentó. El Patriarca no le quiso hablar.

A la segunda visita le sonrió, y a la tercera le dijo:

-Acompáñame esta tarde a las 6, que la dicha es tener con quien compartir la comida.

El amigo llegó puntual.

Desde ese día se les ve en el corredor a la hora acostumbrada.

Día de Regreso

La mañana del eclipse llegó con un viento frío y gris; se oyeron las trompetas y la madera reverdeció; sillas, armarios, corredores, balcones, puertas reverdecieron y hasta aromaban. Los padres, abuelos, los bisabuelos regresaron, y hubo tal confusión ese día...

La Huella del Tiempo

Iba lento, temía que la prisa lo hiciera envejecer- el caracol, que arrastra su inmensa cabellera blanca.

INDICE

I ATABALES

Pag.	
<i>La Chompa Azul de Cuadros Escoceses</i>	7
<i>Un Paseo Tropical</i>	8
<i>El Samán</i>	12
<i>Memoria de Manantiales</i>	13
<i>La Nueva Prenda</i>	15
<i>A la Sombra del Sauce</i>	19
<i>Polvo de Estrellas</i>	22
<i>Los Cuernos del Diablo</i>	24
<i>En la Ciudad de Hierro</i>	27
<i>Las Muñecas</i>	28

<i>Atabales</i>	29
<i>Escenas de la Vida Nacional</i>	
1. <i>Las Medias</i>	31
2. <i>Un vestido a Tono con su Alegría</i>	32
3. <i>Pena Máxima</i>	33
<i>Pregunten por Mateo</i>	35
<i>Para Navidad un Árbol de Olivo</i>	37
<i>La conmemoración</i>	38
<i>Tratado de las Palabras Viscosas</i>	40
<i>El Ultimo Libro</i>	41

II CASA DE FANTASMAS

Pág.

<i>Casa de Fantasmas</i>	55
<i>Máscaras</i>	56
<i>La Visita</i>	57
<i>Hombrecitos</i>	58
<i>Correspondencia</i>	59
<i>La Exposición</i>	60
<i>La Bestia</i>	61
<i>Raíces Apetentes</i>	62
<i>Guayabas</i>	63
<i>Muchacho</i>	64
<i>La Semilla</i>	65
<i>El Coco</i>	66
<i>Capullo</i>	67
<i>La Vieja Inés</i>	68
<i>Impresiones</i>	69
<i>Alma de Artista</i>	70
<i>El Vecino</i>	71
<i>El Gato</i>	72
<i>Tiempo Regado</i>	73
<i>El Carrusel de las Horas</i>	74
<i>Amor Muerto</i>	75
<i>La Jubilación</i>	76
<i>El Anciano y el Caracol</i>	77
<i>Recogiendo los Pasos</i>	78
<i>Amigos</i>	79
<i>Día de Regreso</i>	80
<i>La Huella del Tiempo</i>	81

CONTRACARÁTULA

La obra de Tafur proviene de su permanente observación de la cotidianidad; el detalle más insignificante que se escapa para la mayoría lo retiene y hace de él un universo infinitesimal, un microcosmos.

El lenguaje de Tafur impresiona por su asombrosa capacidad de síntesis; con extraordinaria facilidad y rapidez, con su prosa pulida y cortante nos introduce, sin preámbulos, en un mundo donde lo fantástico, sin pérdida de sus categorías, asume características normales, como acertadamente señalaba Senegal.

No es el éxito lo que da la razón a las cosas, pero importantes reconocimientos nacionales y extranjeros destacan el valor de los textos.

Alejandro Guerrero Mots

